

Día del Señor

No al desencanto

Muchos muestran claramente muestras de desencanto. Como si la vida fuese para ellos un continuado fracaso. No hay peor fórmula. Con este procedimiento matamos ilusiones, frenamos proyectos y andamos en el constante desbarajuste de la monotonía de unos días que se sienten pesados. Cuando falta el dinamismo de ideales capaces de despertar de forma permanente las motivaciones de un constante esfuerzo, se malgasta la vida y el tiempo va dejando atrás muchos espacios vacíos, de cuyo desaprovechamiento nunca nos arrepentiremos bastante cuando ya no hay posibilidad de recuperar. Nadie puede sentirse tan idealista como el creyente cuando su fe es sincera. No se puede comprender, ni mucho menos explicar, la tibieza de tantos cristianos que no experimentan firmes y eficaces deseos de superación. Es mucho lo que el hombre puede conseguir con su propio empeño. Claro que para esto es necesario saber vencerse a sí mismo, dominando las pasiones, a fin de no dejarse arrastrar por aguas cenagosas en las que se hunde la limpieza del espíritu.

Con mente serena y ardiente corazón los que ahora llamamos santos y como a tales veneramos, supieron en su vida trazar los claros caminos de conciencias siempre atentas a la ilusión de crecer y desarrollarse en el quehacer de cada día. Hay generalmente una idea equivocada con respecto a los santos. Muchas veces se les considera como seres predestinados a quienes no costó esfuerzo alguno su santidad. Fueron hombres, sencillamente hombres, con tesón y voluntad infatigable en el cumplimiento de las tareas profesionales, de las que supieron hacer limpio testimonio de coherencia con su fe. Cumplieron con el compromiso del bautismo por el que se sintieron incorporados a la Iglesia, que para ellos quedó constituida en fuente enriquecedora mediante la gracia de Dios, que no traicionaron nunca, aunque para mantener la fidelidad tuvieron ciertamente que aceptar las exigencias de una ética que sitúa la responsabilidad del hombre ante Dios, al que hay que rendir cuenta de la vida.

Si se parte de este planteamiento, todo el quehacer diario tiene un sentido que apasiona con una ilusión que aumenta y determina esa sensación tan contraria al desencanto, como es el regusto del deber cumplido. Nos falta reflexionar sobre estas cosas sencillas, menospreciadas que no están envueltas en marco de grandilocuencia, ni siquiera rebasan los humildes límites del pensamiento puro de quien no trata de deslumbrarse con altos conceptos, sino que descubre aquello por lo que Jesús daba gracias a su Padre: «Porque has escondido estas cosas a los sabios y las has revelado a los humildes». El gran valor de las cosas pequeñas es siempre fuente inagotable para sentirnos satisfechos por lo que hacemos y despertar cada mañana con la ilusión de seguir caminando, de saborear a cada momento el placer de una existencia ajustada a las demandas del gran mandamiento que contiene toda posible perfección humana: «Amaos los unos a los otros». Así de sencillo y así de grande, de importante, de real. La vida ofrece continuamente enormes satisfacciones que superan cualquier posible desencanto.

ESPINOSA CAÑIZARES

La nueva generación pianística española

Por fin, mañana lunes, tendremos ocasión de escuchar en el Aula de Cultura de la Caja de Ahorros de Alicante y Murcia y dentro de la programación de la Sociedad de Conciertos, a una gentil representación de la nueva ola pianística española. Se trata de la madrileña Rosa María Torres Pardo, nacida en 1960, poseedora de un corto (lógicamente dada su edad) pero lucido historial como concertista, y que, según mis informaciones, constituye una auténtica revelación en el actual panorama pianístico español.

Esta jovencísima artista va a

presentarse mañana ante nuestro público con un programa realmente escalofriante por las dificultades técnicas que encierra todo él, pero al mismo tiempo un programa de una belleza extraordinaria, lo que le agradecemos de antemano. Tocaré en la primera parte una de las más hermosas y conseguidas obras pianísticas de Schumann, los «Estudios sinfónicos» op. 13, genial trabajo en forma de variaciones libres pletórico de poesía y vigor, en donde la escritura pianística de la mejor ley alcanza altas cotas de expresividad y poder. Fue una de las creaciones

El concierto de mañana

favoritas del propio Schumann, como lo prueba el hecho de que, siendo una temprana composición de 1834, éste volvió a hacer una profunda revisión de la obra en 1852, en plena madurez del compositor; y aún después de su muerte se hallaron otras cinco variaciones para esta singular pieza maestra.

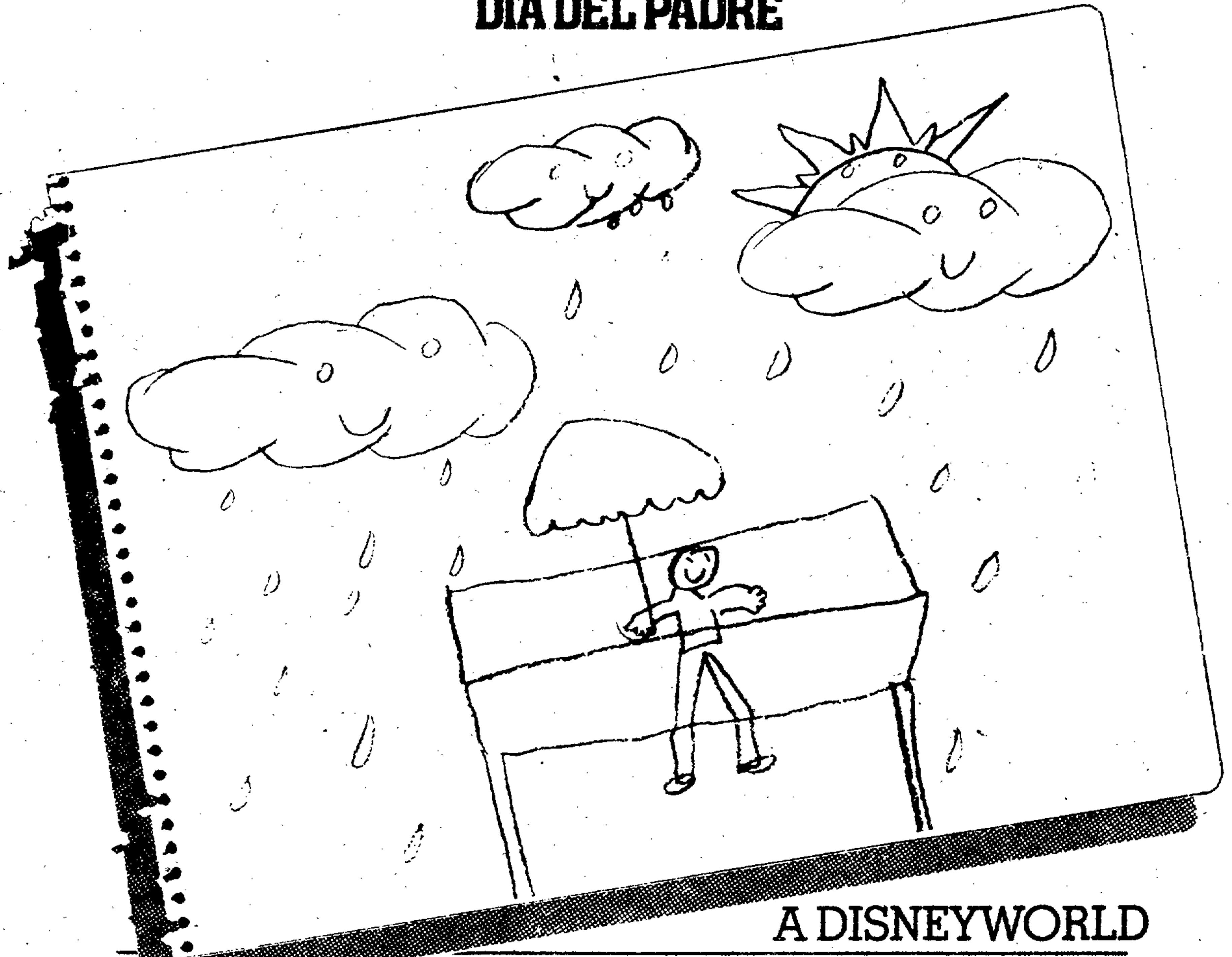
En la segunda parte están anunciadas dos obras de muy rara audición en su versión para piano, aunque conocidísimas en su forma original: La orquestal. Son dos suites extractadas de dos famosísimos ballets rusos: «Romeo y Julieta», de Prokofiev,

y «Petrouchka», de Strawinsky, de cuyo contenido los respectivos autores realizaron sendas selecciones pianísticas que resultan de una gran belleza. Lírico y apasionado el ballet de Prokofiev, contiene páginas de enorme tensión emocional, siendo de inmediata asimilación por su estilo directo exento de retórica. Y volveremos a admirar en «Petrouchka» el rutilante Carnaval ruso como fondo de las dramáticas endechas amorosas de las casi humanas marionetas.

Un bellissimo programa en verdad para la presentación en Alicante de Rosa María Torres Pardo, la pianista madrileña de 21 años, representante de esa nueva generación pianística española que ya empezábamos a echar de menos.

PÉREZ BUSQUIER

**19 MARZO
DÍA DEL PADRE**



A DISNEYWORLD

**CON TU DIBUJO
MAS SIMPATICO
DE PAPÁ**

Tráenos tu dibujo
y pasa nueve días inolvidables en Disneyworld.

Entrega tu dibujo, con tu nombre, dirección y teléfono escritos por detrás, en el Buzón de la Caja Central de la Planta Baja de cualquiera de nuestros centros.

El premio para el dibujo más simpático es un viaje inolvidable de 9 días a Disneyworld, para tres personas.



EL CAMBIO, YA

